

## XVII.

## La cosmografía en la Edad Media.

Sabido es que el estado de los conocimientos geográficos en la Edad Media y el deseo de indicar las tierras vagamente descritas por los autores antiguos, indujeron á los dibujantes de mapas á llenar el vacío del Océano con islas cuya posición es más variable aún que su nombre. Estos dibujantes han contribuido sin duda á aumentar el número de creaciones fantásticas; aunque la persuasión íntima de la existencia de tierras en el espacio desconocido de los mares es muy anterior á la construcción de los mapamundi: tan natural es al hombre imaginar la existencia de alguna cosa más allá del horizonte visible, de suponer otras islas y aun otros continentes semejantes al que él habita.

En el Atlántico los grupos de Canarias y de las islas Británicas dirigían la imaginación con preferencia hacia determinados parajes. Agradaba multiplicar, por conjeturas, lo que sólo se conocía de un modo confuso. Al Suroeste de las columnas de Hércules, la dificultad de conocer con precisión el número exacto y la posición relativa de las islas Afortunadas daba lugar á vagas ficciones.

El *Apropósitos* (Ptol. iv, 6) no justificaba su nombre (de inaccesible) sino porque era una tierra inhallable: no existía en el sitio donde estaba indicada á los marinos. Las dos islas de Porto Santo y de Madera—(*l'Isola dello Legname* del portulano genovés ó *mediceo* de 1351)—que los buques debían haber encontrado por acaso en su travesía á Ceraé, aumentaban la confusión de las ideas geográficas.

Hacia el Norte, Albión y Jerne, rodeadas de numerosas islas más pequeñas, ofrecían desde remotos tiempos vasto campo á las conjeturas. Ya hablamos antes de los mitos del mar Croniano. La importancia dada á islas que eran, si no la fuente, al menos el depósito del comercio del estaño; las opiniones erróneas largo tiempo subsistentes acerca del yacimiento de las costas y de la configuración ó articulación de la Europa peninsular; finalmente, el agrupamiento de las islas y su disposición en serie casi continua desde las Cassitérides hasta las Orcades y las islas Shetland y Fœroë, dieron ocasión, desde los primeros siglos de la Edad Media, á hipótesis y á mitos respecto á la naturaleza de las regiones boreales. Llegóse hasta situar (como lo prueba uno de los mapas de Sanuto Torsello, año de 1306) (1) al Oeste de Irlanda un *gulfó de issolle cccclviii beate e fortunate*.

Cuanto más imperfectos eran los medios de valuar la

(1) CAMDEN, *Brit.*, pág. 813; ZURLA, *Viaggi*, t. II, pág. 307. En el mapa célebre de Fra Mauro (1457) encuéntrase también las «insule de Hibernia dite Fortunata». Gracioso Benincasa (1471) presenta á la vez, y por doble empleo del mismo nombre, las islas Afortunadas al Oeste de África y al Oeste de Irlanda, de la *Insula Sacra* de Avieno.



dirección de las rutas y la longitud de las distancias recorridas, más fácil era desconocer (1) la identidad de las tierras á que se había arribado. El uso irreflexivo de itinerarios ficticios ó mal redactados, originó procedimientos dobles en la construcción de los mapas.

El estado de la antigua geografía del mar del Sur y la multitud de *vigias* que cubren la superficie del Atlántico en los mapamundi de hace sesenta años (2) recuerdan plenamente esa misma fuente de errores. Durante largo tiempo, cada nuevo mapa reprodujo las ficciones de los anteriores, porque no hay tenacidad que iguale á la de los geógrafos, cuando se trata de conservar, de estereotipar, por decirlo así, un islote de antiguo nombre, una cordillera que figura ser divisoria de las aguas ó un lago de donde sale un gran río.

Las ilusiones geográficas tomaron especial carácter en las dos direcciones que hemos indicado al N. y al NO. de las islas Orcades, y al SO. de las islas Afortunadas. Dicuil (3) y Adán de Brema, aquél de principios del siglo IX y éste de la segunda mitad del XI, prueban con sus escritos que en el norte del Atlántico el celo religioso de los misioneros de Irlanda y de Frisia dió á conocer nuevas tierras.

(1) De esta suerte, en el siglo IX se imaginaba que la Grande Irlanda del normando Gudlekur estaba situada al Oeste de nuestra Irlanda (THORKELIN, *Fragm. of Engl. and Irish hist.*, página 80). En tiempo de Procopio se situaba una isla Brittia entre la verdadera Britannia y Thulé.

(2) No se olvide que esta obra está publicada en 1834.

(3) El autor de la obra *De Mensura Orbis terræ*, probablemente Dichullus, abate de Pahlacht (LETRONNE, páginas 25 y 139).

La geografía de la Edad Media bebía en una fuente que, no por ser fecunda, era menos peligrosa, porque los viajeros cristianos desfiguraban sus escritos por la exageración tan común á los cronistas monásticos. Encontramos, por decirlo así, al frente de la larga serie de islas imaginarias, ó para decirlo con más corrección, de islas vagamente situadas en los mapas, la que lleva el nombre de San Borondán, abate irlandés que hizo sus viajes desde el año 565.

Adán de Brema (1) refiere en su *Historia eclesiástica*, después de haber hablado del descubrimiento del Vinland, que en tiempo del arzobispo Becelino Alebrando, por consiguiente antes del año 1035, hicieron los marinos de Frisia exploraciones del *Lebersee* ó mar Tenebroso (per tenebrosa rigentis Oceani caliginem) hasta más allá de Islandia, y llegaron por fin á una isla cuyos habitantes, de colosal estatura, vivían en cavernas. Uno de los Frisones fué devorado por perros, también gigantescos, y los demás, favoreciéndoles los vientos de NO., encontraron por fortuna el camino de la desemboadura del Weser. El cuento de los *grandes mastines* parece calcado en la ferocidad de los perros de que se sirven los esquimales de la Groenlandia, y sólo lo men-

(1) *De situ Danica*, pág. 159. El *Lebersee*, *Kleber-Meer*, el mar viscoso es una de las maravillas de las regiones boreales celebradas en el Titarel de Eschenbach y por todos los poetas del ciclo de los Minnesinger (VON DER HAGEN, *Mus. der alt-deutschen Litter*, t. I, páginas 294-300). Es el reflejo del *pulmón marino* de Pythéas, «á través del cual no se podía ni navegar ni andar (STRABÓN, II, pág. 104, Cas.), una reminiscencia del Mare Morimarus de Philemón» (PLINIO, IV, 13).



ciono porque insensatamente se ha aplicado á la isla de Cuba (1) ó á las pequeñas Antillas, donde el mayor cuadrúpedo indígena es el aguti, que apenas tiene el tamaño de una liebre.

En la parte meridional del Atlántico no influyeron tanto en el estado de la geografía las tradiciones de los monjes como las falsas combinaciones de erudición clásica. ¡Cuántas hipótesis no ocasionó sólo el pasaje de Stacio Seboso (2) acerca del sitio de las islas Hespérides, interpretado en el sentido de situarlas á cuarenta días de distancia de las islas Gorgonias! Con la vista constantemente dirigida hacia la antigüedad, se aspiraba á encontrar lo que juzgábase conocido de los fenicios, de los griegos y de los romanos.

Ya hemos dicho antes que Cristóbal Colón estaba firmemente persuadido de que las islas de América eran las Hespérides que los antiguos conocieron (3), aunque Isidoro, muy consultado entonces, las acercaba, con razón, á las costas de Africa (4).

He aquí los elementos de esta geografía mítica de los siglos XIV y XV. De las once islas que debo nombrar, sólo dos, Mayda y Brazir-Rock, en el meridiano de las Canarias y al Oeste del golfo de Vizcaya y de Irlanda, se han conservado en nuestros mapas más modernos (5); pero no merece por ello la mayoría de las

(1) HORN, *Orig. Amer.*, pág. 26.

(2) PLINIO, VI, 31.

(3) Esta identidad la ha supuesto también en nuestros días el conde Carli (*Opere*, t. XII, pág. 188).

(4) ISIDORO HISP., *Orig.*, pág. 172.

(5) Mapamundi de Juan Purdy, 1834.

otras el nombre de islas fabulosas. Descúbrese aquí, como en general en los mitos históricos, un fondo de verdad; aunque está velado por la incertidumbre de las posiciones relativas, los errores de configuración y de extensión y lo exagerado de las relaciones casi siempre copiadas ó procedentes de desconocido origen.



## XVIII.

## La isla de San Brandón.

No es de escasa importancia señalar la filiación y emigración de este *mito geográfico*.

Los viajes de dos santos, el abate irlandés de Cluainfert, Brandamis (1), y de Maclovio, ó San Malo, adornados con rasgos fantásticos, y la persuasión, muy extendida en el siglo VI, de la existencia de una isla de los Bienaventurados al NO. de Europa, reflejan las tradiciones de la antigüedad acerca de las maravillas del mar Cronieno. Los monjes buscaban el paraíso de la isla Ima en el *mare pigrum y canosum* de los romanos, que es su *Klebersee* ú *Océano viscoso*.

Plutarco describe las islas sagradas del mar Cronieno, cerca de Bretaña, «donde reina suave temperatura; donde Saturno, encerrado en un antro profundo, duerme bajo la guarda de Briareo». Este cuadro recuerda la fertili-

(1) Varían mucho los nombres con que se designan este santo personaje y su isla. En las lenguas de la Europa latina se escribe Brandón, Brandano, Blandín (cambiando la *r* en *l*), B rondón y Brandamis.

dad de Edén. (*Paridisiacas delicias, insulam amantitate et fertilitate præ cunctis terris præstantissimam*) (1) de la isla de Ima, que permanecía oculta á los mortales; recuerda al gigante Mildum, resucitado por San Brandón en la caverna que le sirve de tumba.

Procopio, que era contemporáneo de San Brandón, y Tzetzés (2), que es posterior á él en cerca de seis siglos, prueban que las antiguas creencias de las maravillas del mar Británico se conservaron en las mismas comarcas donde había entrado ya el Cristianismo; y podría añadir que en Irlanda la erudición, refugiada en los claustros, contribuía á propagar la localidad de los mitos. Bajo este punto de vista, la obra de Dicuil, que citaré con frecuencia, es un monumento notabilísimo, pues atestigua el afán con que un monje nacido en Irlanda, á mediados del siglo VIII, estudiaba á Plinio, Solino y Orosio.

Las tradiciones de griegos y romanos, y los mitos que presentaban un carácter local, podían, pues, mezclarse en el Norte á las novelas históricas de la vida de los santos.

La primera posición geográfica asignada á la isla de que tratamos, puesta en todos los mapas de la Edad Media, es en el paralelo de Irlanda, y aun en una lati-

(1) Tradiciones recogidas por M. DE MURR en su *Diplom. Gesch. von Martin Beahm*, pág. 33.

(2) Acerca del pasaje de los muertos y de las islas Afortunadas, véanse PROCOPIO, *De bello goth.*, IV, 20; TZETZ, *ad Lycophr.*, v, 1204. Consúltese también la Memoria sobre los Argonautas en UKERT, *Geogr. der Griechen*, t. II, I, pág. 343, á WELKER'S, *Homerische Phæaken und Inseln der Seligen*, ya KHEIN, *Mus für Philol.*, B. I, páginas 237-241.



tud más septentrional. San Brandón, con setenta y cinco frailes que le acompañaron durante siete años, volvió por las islas Orcades (1). Se sabe que antes de sus viajes habitó en las islas Shetland (2).

La isla de San Brandón fué llevada en el siglo xv á una latitud más meridional, al Occidente de las islas Canarias, emigración causada según creo, por el doble empleo del nombre de islas Afortunadas. Ya he dicho antes que el célebre mapa de Fra Mauro señala las *Insule de Hibernia dite Fortunata*, y que Gracioso Benincasa, en 1471, indica á la vez el *Elysium* del Norte y el de Homero (las islas de los Bienaventurados de Hesiodo y de Píndaro). La denominación vaga de islas

(1) «Peregratis Orcadibus ceterisque aquilonensibus insulis ad patriam redeunt» (Bosco, *Bibl. Floriac.*, pág. 602). «Insula S. Brandani e regione Terræ Cortereali sive Novæ Franciæ Americæ septentrionalis sita, in Oceano boreali» (HONOR. PHILIPONI, *Navig. Patrum Ord. S. Bened.*, 1621, pág. 14).

(2) Este hecho está, al parecer, en contradicción con la época que Murray asigna á la primera población de las Shetland; pero Mr. Letronne lo hace probable por la interpretación de un pasaje de Solino, favorable á que dicho grupo de islas estuvo habitado desde el tiempo de los romanos (DICUIL, página 134, y en las Adiciones, pág. 90). Es extraordinario que Aeneas Silvio Piccolomini, en su *Geografía del NO. de Europa*, nada diga de los viajes de San Brandón y de su isla. El sabio italiano estuvo, sin embargo, en Escocia, y describió con gracejo su primera impresión al ver alguna distribución de hulla hecha á los mendigos escoceses. «In Scotia pauperes pane nudos ad templa meridicantes *acceptis lapidibus* eleemosyne gratia datis lætos abiise conspeximus. Id genus lapidis sive sulphurea, sive pingui materia præditum pro ligno, quo regio nuda est, comburitur.» ÆN. SYLL., *Op. geogr. et hist.*, 1691 (Europa, capítulo 47, pág. 319).

*Atlánticas* (1) con que designábanse á veces las Afortunadas, favorecía este doble empleo ó señalamiento de ellas.

Imaginábase ver de vez en cuando, y presentando siempre la misma forma hacia el SO. en el horizonte del mar, una isla montañosa; y Viera, historiador de las islas Canarias, ha dado extensos detalles de todas las tentativas hechas desde 1487 hasta 1759 para arribar á esta isla imaginaria. No sabemos si esta ilusión la causaban algunas circunstancias especiales de espejismo en un banco de bruma parado en el horizonte, ó si alguna de esas nubes, que en su mayor dimensión son perpendiculares al horizonte, presentó accidentalmente el aspecto de una isla montañosa.

El P. Feijóo (2), cuyo *Teatro crítico* fué durante largo tiempo muy estimado en España, compara primeramente este fenómeno á la *Fata Morgana* de Sicilia, mal observada y mal explicada aún en nuestros días: después tomó la *tierra de manteca* de los Canarios (esta es la frase de los marinos), por la imagen de la isla de Hierro, reflejada en una masa lejana de vapores (*nube especular*).

El Gobierno portugués cedió formalmente en el siglo xvi á Luis Perdigón dicha isla imaginaria, cuando éste se preparaba á conquistarla.

Muy confiado en el poder de las refracciones horizontales, cree ingenuamente el historiógrafo Viera que, con un viento húmedo de OSO., condición necesaria para producirse el fenómeno, se llega á ver «hasta las monta-

(1) PLUTARCO, *in Sert.*, cap. 8.

(2) Tomo IV, Dist. X, § 10.



ñas Alpaches de la Florida». Digno es de notar que estas ilusiones no empezaron á preocupar la imaginación de los de Canarias hasta la segunda mitad del siglo xv, en cuya época del descubrimiento de Porto Santo, «punto habitado (1) por gentes tan salvajes como los guanaches», y el del Archipiélago de las Azores, hecho también por los portugueses, dirigieron, por decirlo así, todas las miradas hacia el Oeste.

Pero no eran sólo los habitantes de Gomera, Palma y Hierro los que tenían esta *visión*; también la hubo por la parte del Norte en cuantos puntos se ocupaban con afán en el descubrimiento de nuevas tierras. El Diario de navegación de Colón, publicado por primera vez en 1825, presenta un curioso testimonio (2) de la simultaneidad de tan quimérica creencia. He aquí sus palabras, tal y como Las Casas las copió del Diario correspondiente al 9 de Agosto de 1492:

«Dice el Almirante que juraban muchos hombres honrados españoles que en la Gomera estaban con D.<sup>a</sup> Inés Peraza, madre de Guillén Peraza, que después fué el primer Conde de la Gomera, que eran vecinos de la isla

(1) Es la expresión que emplea BARROS, déc. I, lib. I, cap. (Vida de D. Enrique, pág. 156). Madera la encontraron despoblada, y también las Azores. Si en el texto empleo la palabra *descubierta*, es para indicar la época en que los portugueses llegaron por primera vez á estas islas. Instruido el infante D. Enrique por mapas antiguos, anunció de antemano á Velho Cabral, en 1432, que «cerca del escollo de las Hormigas encontraría pronto otra isla» (*loc. cit.*, pág. 320).

(2) NAVARRETE, t. I, pág. 5. Este testimonio no se encuentra ni en la *Vida del Almirante* ni en *Las Décadas* de Herrera.

de Hierro, que cada año veían tierra al O. de las Canarias, que es Poniente; y otros de la Gomera afirmaban otro tanto con juramento. Dice aquí el Almirante que se acuerda que estando en Portugal el año de 1484, vino uno de la isla de la Madera al Rey á le pedir una carabela, para ir á esta tierra que via, el cual juraba que cada año la via, y siempre de una manera. Y también dice que se acuerda que lo mismo decían en las islas de los Azores, y todos éstos en una derrota, y en una manera de señal, y en una grandeza.» Aplicóse desde entonces á esta *visión* la tradición monástica de la isla de San Brandón (1).

En el archipiélago de las Canarias la isla *afortunada* de Ima, que al principio fué colocada al Oeste de Irlanda (de Ierné, *isla sagrada* de Festo Avieno), se confundía con el *Apropósitos* de Ptolomeo, que, según este geógrafo, era la más septentrional del grupo de las Canarias, la *Encubierta*, la *Nontrovada* ó *Nublada* (2) de los marinos españoles de la Edad Media. Cito estos sinónimos porque recuerdan por modo notable la interpretación que antes me atreví á dar del nombre dado por

(1) GARCÍA, *Origen de los Indios*, lib. I, cap. 9; WULFEB, *De major. Oceani Ins.*, 1691, pág. 120; MUÑOZ, lib. II, § 9; BALDELLI, *Mill.*, pág. LX; WASHINGTON IRVING, t. IV, páginas 316-332.

(2) VOSS, *ad Mel.*, pág. 604; TZSCHUCKE, *ad Mel.*, t. III, parte III, pág. 412. El descubrimiento de la isla de Madera, cuya existencia sospecharon Gonzálves y Tristán Vaz, porque desde Porto Santo aparecía como una *sombra* en el horizonte, contribuyó, sin duda, á la convicción de la realidad de estas apariciones. «Tinhaõ por vezes observado no mar huma como sombra, que a distancia naõ deixava distinguir o que fosse» (*Vida do Inf.*, pág. 161).



Theopompo á esta tierra más allá del Océano, «cuya existencia revela Sileno al Rey de Frigia». La tierra Merópida (1) de Theopompo había quedado *nublada*, como la Pléyade que se había unido á un mortal; pero la tierra Merópida era boreal, como las islas Afortunadas en los mares de Irlanda, de Sanuto Torsello (1306) y de Fra Mauro.

En el mapa del veneciano Pizigano (1367), conservado en la Biblioteca de Parma, y mal copiado por M. Buache, al pequeño grupo de las islas de la Madera, señalado en el paralelo del cabo Cantin, se le llama *Isole dicte Fortunata S. Brandany* (2), y el Santo mismo está figurado alargando los brazos hacia las islas (3) que llevan su nombre. Andrés Bianco (1436) presenta en su mapa Porto Santo, Madera y la Dexerta (Desierta), que es la Caprazia (Capraria) de Pizigano. La isla de San Borondón no está; pero el caballero Behaim (1492), en su célebre globo, sitúa esta isla tan al SO., que se encuentra casi en la latitud de Cabo Verde. «Esta isla,

(1) El nombre de Meropis aplicado á un continente no designa, por cierto, una *tierra de mortales* (de voz articulada). Theopompo le da un sentido especial, porque dice que los hombres de esta tierra se llaman Méropes.—ÆLIAN, *Var. Hist.*, III, 18 (edic. Kühn, t. I, pág. 187).

(2) M. Buache ha omitido las palabras que siguen *sancti Brandani é isole Ponzele*. Su *isola Capracia* es la Caprazia de Pizigano, la más meridional de las tres. El nombre de *Isola dello Legname del Portulano Mediceo*, que es anterior en diez y seis años al mapa de Pizigano, falta en éste. Sin embargo, dicho nombre sirvió de origen al de Madeira, cuando medio siglo después se verificó el supuesto descubrimiento de Tristán Vaz.

(3) ZURLA, *Viaggi*, t. II, pág. 322.

dice, es donde San Brandón arribó en el año 565, y la encontró llena de cosas maravillosas.»

Queda, pues, demostrado que el progresivo cambio de lugar de Norte á Sur de este mito geográfico, estuvo relacionado durante nueve siglos con el desarrollo de la navegación y la dirección impresa al comercio del Mediterráneo.